

explicación profunda y cuidadosa se pierde cuando tiene que reflejar el Unamuno del XX, lo que genera irremediablemente que la obra en su conjunto quede descompensada y decaiga. Como ejemplo de lo que digo, no deja de sorprender que “Paz en la guerra” aparezca constantemente a lo largo de la lectura y se remita en varias ocasiones a ella y “Del sentimiento trágico de la vida”, obra cumbre del pensamiento unamuniano, casi se trate de pasada, como si con citarla bastase. Considero que esto no debería darse en una biografía en la que el equilibrio entre las diferentes etapas vitales es condición necesaria e imprescindible para considerarla como tal.

Pero Juaristi no sólo innova en este planteamiento, sino que además —y de manera plenamente consciente, puesto que ya nos lo justifica en el preámbulo— utiliza como hilo conductor su relación personal con Unamuno, forjada, evidentemente, a través de las lecturas que de él hace Juaristi. El autor rompe la distancia entre biógrafo y biografiado y hace vivir a un Unamuno en sus páginas al que recrimina decisiones, enmienda la plana, critica visiones y ajusta cuentas, moviéndose a veces desde la antipatía, a veces desde la justificación, a veces desde la admiración, de tal manera que acaba siendo tan contradictorio como el propio Unamuno lo era. No es este el volumen al que debe acudir quien busque un Unamuno aséptico, de percepción académica porque lo que se va a encontrar es un Unamuno modificado por los juicios de valor que sobre sus acciones, pensamientos y valores hace Juaristi. Dicho lo cual, creo que la lectura de este volumen es interesante principalmente por ese joven Unamuno que nos presenta de manera magistral, pero que debería haberse cerrado ahí como el buen ensayo de prosa brillante y lectura agradable que es y no continuar con una pretensión de biografía que no llega a ser porque le faltan condiciones esenciales: imparcialidad, respeto a la cronología, equilibrio entre contexto, vida y pensamiento...

Ahora bien, la pregunta siguiente y necesaria sería si acaso se puede escribir una biografía tal y como mandan los cánones de un personaje tan poliédrico, polémico y rico en matices como fue Don Miguel. Quede entonces esta aproximación como prueba de que por mucho que avance la “unamunología”, siempre quedará algo por descubrir y visitar tanto en el pensamiento como en las apasionantes experiencias vitales de este, sin duda, pensador eminente.

Clara FERNÁNDEZ DÍAZ-RINCÓN.

M. ZAMBRANO, *Escritos sobre Ortega*, Trotta (ed. Ricardo Tejada), Madrid, 2011. 308 pp.

Siempre resulta compleja la tarea de investigar las raíces que ayudan a forjar el pensamiento de los filósofos. Tratar de determinar quién, cuánto y cuándo ha influido en la formación de una filosofía requiere una labor de estudio constante, el conocimiento de las obras del autor influido y de los pensadores influyentes y, además, el anhelo de la aparición de nuevos títulos que ayuden en la labor. Respecto al tercero de estos puntos aparece *Escritos sobre Ortega*, una recopilación de textos editada por Ricardo Tejada que recoge dieciocho artículos, tres cartas y cinco manuscritos de María Zambrano (1904-1991) con un tema en común: la figura de Ortega y Gasset, maestro y padre intelectual.

Sin embargo, una primera lectura resulta ciertamente desconcertante: mientras que el lector general verá una serie de textos claros pero no fáciles, el estudioso de la filosofía lamentará cierta superficialidad. En efecto, una visión no detenida estará encaminada al desencanto con la compilación: la obra sólo puede disfrutarse si se realiza un cuidadoso ejercicio de exégesis que, no obstante, no requiere sino la pausa debida para paladear los platos más exquisitos.

En las páginas que componen la obra resulta evidente que los temas resaltados por Zambrano durante los más de cincuenta años que abarcan son muy pocos, a saber: la circunstancia, la discutida sistematicidad del pensamiento de Ortega, la razón vital y la razón histórica, el estilo del maestro, la muerte del filósofo madrileño o la propia figura del autor en tanto que hombre de a pie – y no sólo como filósofo. Más puntualmente se abordan otras cuestiones que, como veremos, sólo son *aparentemente* marginales y que, a primera vista, pueden parecer más triviales de lo que realmente son; en esta “categoría” podríamos incluir anécdotas personales como la interesante interpretación que Zambrano realiza respecto al modo de expresarse de Ortega... e incluso respecto a su forma de mirar – análoga a la de Velázquez (*Recuerdo de Ortega y Gasset*).

¿Dónde está, entonces, el secreto del texto? ¿por qué merece la pena acudir a sus páginas? El propio título goza de una ambigüedad que, si no es pretendida, bien pudiera serlo. Que la compilación esté formada por escritos *sobre* Ortega deja explicitado que el filósofo madrileño estará presente en cada párrafo; sin embargo, para hablar sobre Ortega – o sobre cualquier cuestión – es necesario también el *emisor* del mensaje. Tal es el punto decisivo para una lectura plenamente satisfactoria de la obra: cada línea nos habla, a partes iguales, de Ortega y de Zambrano, de Zambrano y de Ortega.

Como la introducción de Tejada aclara desde las primeras páginas, la relación intelectual y personal entre Ortega y Zambrano fue calificada por ésta de *filial*. Sin embargo, tal afirmación es una generalización vaga que, de tomarse literalmente, sólo oscurece una vinculación polémica en diversos órdenes. En efecto, uno de los puntos más sobresalientes de los textos compilados es el abordaje que la autora malagueña hace del silencio que Ortega guarda, fundamentalmen-

te, durante el desarrollo de la Guerra Civil española (1936-1939). Así, mientras en el artículo *Una voz que sale del silencio* queda medianamente justificada la pausa editorial del autor (que estaría jugando su papel en un momento crítico), en las cartas aparece una visión mucho más crítica.

Tal y como hemos indicado más arriba, estos textos hablan mucho de la propia Zambrano, de su modo de ver las cosas, de sus alineamientos políticos y, quizá más importante ahora, de sus ganas por no aparecer como opositora a su mentor. Prueba explícita de ello lo encontramos en buena parte de las anécdotas que la autora relata, e igualmente en la segunda carta a Ortega de las recogidas por Tejada. La trivialidad aparente de estos acontecimientos, por lo tanto, se disuelve en algo mucho más profundo que lo alcanzable para una lectura demasiado apresurada.

En cierta relación con lo que acabamos de indicar se encuentra un cierto intento por dignificar la obra de Ortega. En varios de los textos nos encontraremos, por ejemplo, con grandes esfuerzos de Zambrano para mostrar que los escritos del filósofo madrileño responden a una voluntad de sistema; simplemente, añadirá, tenemos que delimitar bien qué es lo que por *sistema* entendemos. En esta línea, la lectura que la propia filósofa hace ayuda al investigador a apreciar con mayor nitidez que la filosofía orteguiana sólo resulta inteligible desde el movimiento, y no desde la quietud arquitectónica que el ámbito germánico proyecta sobre la noción de *sistema*. De esta forma, también tiene cabida en *Escritos sobre Ortega* (no podía ser de otra forma) la reflexión filosófica; reflexión que se centra, especialmente, sobre la razón vital y la razón histórica. En este sentido, conviene diferenciar dos aspectos muy relevantes para el investigador: por una parte, la particular visión que Zambrano propone de la que quizá sea la gran innovación de Ortega; por otra, un testimonio de primera mano de alguien que escuchó al

gran filósofo. En efecto, Zambrano escribe la mayoría de las líneas aquí analizadas alejada de España, de Ortega y, sobre todo, de los textos escritos por éste: su reflexión toma como base las clases y confidencias del maestro, más allá de fuentes documentales. Desde aquí se aclara, o así lo creemos, la particular visión que del maestro nos da la discípula.

Además de todo lo anterior, resulta particularmente destacable una reflexión que se repite en múltiples ocasiones en los textos: el pensamiento sobre Ortega en tanto que “Don José, filósofo y español”. Con ello queremos poner de relieve la interpretación que Zambrano realiza de esos tres caracteres, a saber: la persona que fue José Ortega y Gasset (al menos, para sus discípulos más próximos), el hecho de que decidiera ser filósofo y, quizá por encima de todos ellos, que fuera al mismo tiempo – y sin renunciar a ello – un filósofo *español*. Estos pasajes darán pie, por un lado, a una repetida reflexión sobre la *circunstancia* en Ortega, tanto en la obra como en la persona que fue; pero también llevarán a pensar sobre otros dos autores que serían representantes de filósofos en España (muy diferente cuestión, igualmente aquí abordada, sería hablar de una *filosofía española*): Miguel de Unamuno y su verdadero contrapunto, Ángel Ganivet.

Curiosamente, uno de los hechos que resulta más sorprendente es la manera en que Zambrano asume en estos textos la muerte de su mentor. En tal asimilación podrá el lector diferenciar dos fases muy claras: una de dolor y otra de reflexión. Ambas fases, sin embargo, resultan igualmente interesantes, en la medida en que no sólo suponen una muestra del profundo afecto de Zambrano por la persona que fuera su maestro y amigo, sino que reflejan también una evolución: una vez que Ortega no va a escribir más, son sus discípulos los que recibirán la carga de expandir su magisterio, cada uno a su modo (*Ortega y Gasset, filósofo y maestro*).

Mención aparte merecen los manuscritos que la selección de textos acertadamente incluye. Ciertamente es que, en tanto que no estaban pensados para su publicación, han de resultar necesariamente complicados para cualquiera que no fuera su autor; sin embargo, su utilidad radica tanto en la posibilidad de leer conferencias que Zambrano impartió a propósito de su maestro (y esto incluye la ocasión de ver el tratamiento que da a su obra) como, en un plano quizá más elevado y confuso, apreciar el modo en que ella pensaba, su forma de escribirse a sí misma, sus notas y correcciones...

Sin embargo, como advertíamos al principio, hay un aspecto que, más sutil, nos parece de una importancia superior a lo señalado hasta ahora. La lectura de cada uno de los artículos, cartas y manuscritos por separado evidencia la importancia que Zambrano concede a los diversos conceptos y aspectos de la obra de Ortega que aquí hemos señalado, y también a algunos otros. Pero la lectura *global* de todos los textos que componen esta edición debe llevar al lector a un nivel más elevado, aunque quizá menos evidente. Que los temas tratados por Zambrano se repitan constantemente debe ser interpretado de una manera profunda, y esto pasa por percibir que no trata de destacar esos conceptos de entre los manejados por Ortega: la importancia última de la repetición, para nosotros, radica en lo importantes que son estos aspectos *para ella*. Si leemos la obra desde esta perspectiva extraeremos, entonces, que la relación entre Ortega y Zambrano puede establecerse no sólo en tanto que maestro y discípula o entre dos posicionamientos diferentes en un momento convulso de la historia. Esta lectura nos permite tomar esta edición como un punto clave para estudiar el poso que la filosofía de Ortega, su circunstancia y su vida dejaron impresas en los escritos filosóficos firmados por Zambrano.

No debemos dejar de advertir la pertinencia del estudio introductorio que precede a los tex-

tos de Zambrano. Dada la peculiar naturaleza de las compilaciones, nos parece de importancia capital que el compilador no sólo justifique su elección de entre todos los textos publicados de Zambrano, sino que proporcione un documento en el que no sólo se aclaren algunas dificultades: lo enriquecedor del mismo se encuentra más bien en las sugerencias e insinuaciones, en el reconocimiento mismo de la dificultad de establecer con total precisión las relaciones entre pupila y maestro, entre Zambrano y Ortega, como campo abierto a la investigación. Además, se adjuntan abundantes notas y referencias bibliográficas para una profundización en la investigación, y un apéndice con las variantes de los textos que permite apreciar el desarrollo de los textos que *Escritos sobre Ortega* pone a nuestra disposición.

Rodolfo GUTIÉRREZ SIMÓN

Ángel XOLOCOTZI y Luis TAMAYO, *Los demonios de Heidegger. Eros y Manía en el Maestro de la Selva Negra*, Trotta, Madrid, 2012.

Hacia una *Kritik der erotischen Vernunft*.

Sloterdijk, en la *Crítica de la razón cínica* escribe: “Cuenta la leyenda que Aristóteles, ilustre predecesor de la filosofía occidental, víctima de “los furoros” perversos del enamoramiento, fue sometido y cabalgado, desnudo y en cuatro patas, por la hetaira ateniense Herpyllis, desnuda y látigo en mano. Así sólo sea una leyenda, algo de verdad persiste en ella. Muchos siglos después, la xilografía de Hans Baldung Grien, ‘La Belleza hostiga con

su fusta a la sabiduría’, o una de las tantas representaciones de ese motivo realizadas por artistas de la Alta Edad Media y la modernidad temprana, recuerdan ese bochornoso suceso”.<sup>1</sup>

Me quedé sorprendido pues la misma historia nos ha heredado la imagen del filósofo austero, entregado al poder meditativo, a la fuerza de creación y este rumor, esta imagen, choca absolutamente con todo lo que somos hoy.

No obstante, me pregunto: ¿cuántas veces se habrá dicho en la historia que la belleza y el eros, hieren despiadadamente a la sabiduría? Sloterdijk aclara ahí mismo: “el sentido concreto de la historia viene a significar que la belleza o el eros hacen vibrar su fuerza sobre la sabiduría, el cuerpo vence a la razón; la pasión hace dócil al espíritu, el deseo sobre la mujer desnuda hace que el intelecto masculino quede rendido; la razón no tiene nada que oponer a la fuerza de convicción que poseen los pechos y caderas”. ¿Qué podemos frente al enamoramiento, cuál es el poder al que somos sometidos? Freud decía que “Nunca nos hallamos menos protegidos contra el dolor que cuando amamos, y nunca somos más desvalidamente desgraciados que cuando hemos perdido el objeto amado o su amor”.

Franco Volpi, escribió en el prólogo de *Los demonios de Heidegger. Eros y Manía en el Maestro de la Selva Negra* que “Heidegger es el último poderoso y sorprendente ejemplo de una larga serie de casos que valdría la pena rastrear bajo el título rigurosamente alemán de *Kritik der erotischen Vernunft*, o sea, *Crítica de la razón erótica*”.<sup>3</sup> Hay mucho de la traza verdadera acerca de la propia filosofía en estas frases apretadas porque se eviden-

<sup>1</sup> Debo estas citas al excelente trabajo de Iván Rodrigo García Palacios, “Los filósofos enamorados, Enamoramiento, filósofos, poetas y Zaratustra enamorado”, visto en <http://ivanrodrigogarciapalacios.blogspot.mx/2010/04/enamoramiento-filosofos-poetas-y.html> 18 de febrero de 2013.

<sup>2</sup> *Ibidem*.

<sup>3</sup> Ángel Xolocotzi, Luis Tamayo, *Los demonios de Heidegger, eros y manía en el Maestro de la Selva Negra*, prólogo de Franco Volpi, Ed. Trotta, Madrid, 2012, p. 11.